

EL DISEÑO DEL UNIVERSO

Hugo McCord



El esmerado diseño de los diversos componentes del universo, diseño que no puede ser producto de la casualidad, es señal de que una mente capaz es responsable del universo. El universo da muestras de organización, no de casualidad. Es cosmos, no caos.¹ Da señales de planeamiento, lo cual exige que haya un planificador. El diseño es imposible sin una mente que piense. De allí que una segunda gran razón para aceptar el teísmo (para trascender la casualidad) es el diseño.

LETRAS DEL ALFABETO

Cuando uno abre una lata de sopa y encuentra letras del alfabeto,² tiene que suponer la existencia de un hacedor. Si vierte el contenido en una cazuela, es muy poco probable que esas letras se ordenen para formar un poema o el Salmo XXIII. Para que las letras del alfabeto se puedan convertir en un poema, es necesaria una potencia pensante —algo que no está contenido en la pasta cocida. Es esencial una inteligencia planificadora, un diseñador. De un modo parecido, las letras y números que componen un diccionario o un directorio telefónico no fueron ordenados por una explosión que hubiera ocurrido en un taller de imprenta.

PIEZAS DE METAL

La contundencia del argumento del diseño se observa en la forma tan enérgica como David Hume arremetió contra él, usando como ejemplo las piezas de metal que componen un reloj. Hume reconoció que «varias piezas de metal» amontonadas sin forma ni figura, «son incapaces de convertirse por sí mismas en un reloj», y que para esta operación es necesaria una mente humana. Sin embargo, argumentó: «Esta pequeña agitación del cerebro que llamamos pensamiento» es demasiado insignificante e imperfecta para servir de analogía de una mente responsable de la creación del

universo.³ Si para hacer un reloj preciso el ingenio de un cerebro humano —por más insignificante e imperfecto que tal reloj sea— ¡cuánto mayor ingenio habrá sido necesario para la hechura del universo!

EL CUERPO HUMANO

Hubo un Químico que unió y fundió sesenta y cuatro elementos para crear el cuerpo humano. No es por casualidad que esos sesenta y cuatro elementos sirven en diversos sistemas (esquelético, muscular, respiratorio, circulatorio, digestivo, excretor y reproductor), sistemas que son maravillosamente complejos y están meticulosamente coordinados. Hubo Alguien que instaló en un solo cuerpo mil seiscientos kilómetros de vasos sanguíneos, un millón y medio de glándulas sudoríparas, setecientos millones de células pulmonares, tres billones de células nerviosas, tres millones de glóbulos blancos, ciento ochenta billones de glóbulos rojos, y así sucesivamente.

Sería difícil convencer a una persona que razona de que fue por casualidad que esos sesenta y cuatro elementos llegaron a existir, que fue por casualidad que se unieron y que se organizaron por sí mismos para constituir un hombre que anda por la calle. En un pasaje que sorprende, David Hume recitó lo que aprendió de un médico griego (Galeno) que se convirtió de la infidelidad por lo que descubrió en el cuerpo humano. «Calculó que los huesos son 284», dijo Hume, huesos que tienen más de cuarenta «propósitos distintos» y constituyen «un prodigioso despliegue de ingenio». El asombro se multiplicó, dijo Hume, cuando consideró la piel, los ligamentos y los vasos sanguíneos, cuyo número «¡es proporcional al número y a lo intrincado de las partes que tan ingeniosamente se han ajustado!». Llamó la atención a seiscientos diferentes músculos, «cada uno de los cuales se ha instalado y ajustado inteligentemente para [más de] seis mil funciones». ¡Luego está el cerebro! A Hume le conmovió tanto

la descripción de Galeno, que hasta él mismo, siendo un escéptico, exclamó: «¡Quién podrá dudar ahora de que hay una Superinteligencia!». Es lástima lo que siente uno por Hume, porque después de que casi llega a ser creyente, volvió a caer en la duda.⁴

Otros ejemplos de organización esmerada del cuerpo humano los constituyen las proteínas de este. «Cada clase de célula, cada órgano del cuerpo, fabrica su propia clase específica de proteínas, y estas difieren de una especie a otra de los seres vivos». Estas proteínas se componen de aminoácidos. Cada clase de célula de proteína se diferencia de las demás tan sólo por una variación en la combinación de unos veinte aminoácidos. Toda vida depende de la combinación correcta de esos aminoácidos para elaborar la clase correcta de proteína para cada órgano del cuerpo. «El número de formas posibles que esas proteínas podrían tomar es tan grande que un cerebro matemático podría concluir que, desde un punto de vista estadístico, la vida es completamente improbable». La hormona insulina es parte de una proteína relativamente simple. Se compone de dieciséis aminoácidos. La hormona insulina «rechaza [...] un gran número de otras posibles estructuras que podría tomar precisamente de las mismas cantidades proporcionadas de los mismos» dieciséis aminoácidos. El número total de posibles combinaciones es de «seis» seguido de cincuenta y nueve ceros. Sólo una de estas posibles combinaciones constituye la hormona insulina.⁵

LEYES CELESTES

Platón decía que «la hermosa manera como se suceden las estaciones, y la división de estas en años y meses, constituyen pruebas de» la existencia de los dioses.⁶ Es necesario un legislador para explicar la regularidad de «la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche» (Génesis 8.22).

Edmund Halley, un astrónomo inglés de la monarquía, observó en 1682 el paso de un cometa. Su fe en las leyes celestes lo llevó a predecir que ese mismo cometa reaparecería cada setenta y seis años. Él murió en 1742, pero desde entonces el cometa Halley ha sido visto cuatro veces (1758, 1835, 1910 y 1986).

Un astrónomo estadounidense, Percival Lowell, que tenía una completa fe en que los planetas están regidos por leyes, predijo la presencia de un planeta que está tan lejos que necesita 248 años para darle una vuelta completa al sol. Mirando a través de su telescopio, en Flagstaff, Arizona, escudriñó los

cielos desde 1905 hasta que murió, desilusionado, en 1916. En 1930, mirando desde el Observatorio Lowell, en Flagstaff, Clyde W. Tombaugh dividió por primera vez el planeta y lo llamó Plutón.

Cristóbal Colón usó la fiabilidad de las leyes naturales en 1504 para dominar a los indígenas de Jamaica. Estando en esta isla, Colón amenazó a los indígenas que no estaban dispuestos a cooperar, diciéndoles que «de persistir en su enemistad, la luna perdería su luz. (Él sabía, por el calendario astronómico de Regiomontanus, que un eclipse total estaba previsto para el 29 de febrero de 1504.) Con el cumplimiento de esta predicción dejó de haber problema para los indígenas».⁷

Por lo que se refiere a los cielos, el filósofo judío Judeas Philo (h. 20 a. C.-h. 50 d. C.) dijo que «no hay cabida para la casualidad», sino que «todo está gobernado sin duda por leyes constantes e inviolables».⁸ En lugar de ver a un gran Dios como responsable de estas armoniosas leyes, Hume sugirió que puede que haya treinta mil deidades, o incluso «una numerosa sociedad de deidades». Sin embargo, la armonía del universo es tan estrecha que a uno lo pone a pensar en una sola mente rectora. La contundencia del argumento del diseño se muestra en lo que Hume dijo para rebatirlo. Los brahmanes hablan de una araña infinita que urdió el universo en sus entrañas. «Una razón que explique por qué un sistema organizado no se puede urdir en las entrañas como tampoco en el cerebro», alegó Hume, «difícilmente será satisfactoria».⁹

El éxito de los viajes a la luna ha dependido de la fiabilidad de las leyes naturales en matemática y en mecánica. La tripulación de *Apolo 14* —Alan B. Shepard, Edgar D. Mitchell y Stuart Roosa— hizo un exitoso alunizaje el 5 de febrero de 1971, en Fra Mauro, después de un viaje de seis días. Eran innumerables las fallas mecánicas que podían haber frustrado el vuelo y matado a los astronautas (una explosión de un tanque de oxígeno había puesto en peligro la vida de la tripulación del *Apolo 13* y había hecho fracasar la misión.) Los astronautas del *Apolo 14* no hicieron el intento «de engañarse a sí mismos sobre este punto», dijo el comandante Shepard. Sin embargo, hubo un punto de certeza que a los astronautas no les preocupó: la fiabilidad de la luz que arroja la estrella Antares, que les sirvió de guía para fijar el curso hacia Fra Mauro. Antares es una estrella roja de primera magnitud, doscientas veces más grande que el sol, que se encuentra en la constelación sureña de Escorpión. Se encuentra a tres mil cuatrocientos setenta y dos billones (3.472.492.032.000.000) de kilómetros de

la tierra; la luz que daba en el rostro de los astronautas aquel 5 de febrero de 1971, había sido emitida por Antares 370 años atrás, en 1601. Por medio de esa luz, que partía de un punto en concreto del espacio, los astronautas no sólo pudieron guiar su nave hacia la luna, sino que también pudieron alunizar exactamente en el lugar que deseaban. Los astronautas y matemáticos que trazaban el curso del vuelo de *Apolo 14* sabían que podían depender de la precisión de las leyes celestes, y estos hombres arriesgaron sus vidas por la fe que tenían en tales leyes. Si las leyes naturales no fueran exactamente lo que la razón humana ha determinado que son, los astronautas no podrían haber ido a la luna ni haber regresado a salvo de sus viajes a ese satélite.

La «nueva física» del siglo XX (basada en el Principio Heisemberg de la Incertidumbre en cuanto el movimiento de los electrones dentro de los átomos) halló que aparentemente había anarquía en los átomos. Según lo que se sabe de las leyes inmutables de todos los demás ámbitos de la naturaleza (excepto el de la Psicología), a los físicos les convendría abstenerse de tan apresurada conclusión. De hecho, puede que no haya anarquía alguna dentro de los átomos. El Dr. John H. Martin, físico del laboratorio de la Comisión de Energía Atómica, cerca de Chicago (Argonne National Laboratory), dijo que las partículas subatómicas «representan lo que parece un nuevo orden de leyes físicas, pero se trata de leyes que son ordenadas [...] que accionan y reaccionan de un modo ordenado». A un electrón «se le puede enviar a través de dos lugares diferentes a un mismo tiempo». Esto va contra las leyes según conocemos de la naturaleza, pero aparentemente se trata de la

ley de los electrones.¹⁰

CONCLUSIÓN

La racionalidad de la naturaleza tuvo que preceder la racionalidad del hombre, y no hay racionalidad posible sin una inteligencia anterior. Ni la racionalidad humana ni la divina son visibles, pero la realidad de ellas es indudable.

El argumento del diseño se basa en la evidencia de un matemático y físico maestro que es responsable del universo, y la evidencia es aún más convincente en este siglo que en los tiempos de Platón.

¹ Veá Isaiás 45.18. Un caos sería un lugar «en el cual jamás ocurrieron eventos parecidos, ninguno ocurrió, los universales no tuvieron cabida, las relaciones no tuvieron fijeza alguna, las cosas carecieron de nexos de determinación» (F. R. Tennant, *Philosophical Theology [Teología filosófica]* [Cambridge: University Press, 1956], 2:60).

² En algunos lugares, a veces se hace sopa con pasta cortada en figuras, tales como las de las letras del alfabeto.

³ David Hume, "The Dialogues Concerning Natural Religion" («Diálogos sobre la religión natural»), en *Hume Selections (Selecciones de Hume)*, ed. Charles W. Hendel Jr. (New York: Charles Scribner's Sons, 1955), 308–9.

⁴ *Ibíd.*, 385–86.

⁵ K. U. Linderstrom-Lang, "How is a Protein Made?" («¿Cómo se hace una proteína?») *Scientific American* (Setiembre 1953): 100–6.

⁶ Platón, *The Works of Plato (Las obras de Platón)*, Book X (Libro X), *Laws (Las Leyes)*, trad. B. Jowett (New York: Dial Press, s. f.), 453.

⁷ *Encyclopedia Americana*, 1965 ed., s. v. «Eclipse», por Eloise McCaskill.

⁸ Hume, 339.

⁹ *Ibíd.*, 345.

¹⁰ John H. Martin, *Scientists Who Believe (Científicos que tienen fe)* (Elgin, Ill.: David C. Cook Publishing Co., 1963), 42–43.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. Carl Hugo McCord nació en New Albany, Mississippi, en 1911. Llegó a ser cristiano a una edad temprana y se ha pasado su vida en la predicación y la enseñanza del evangelio. Asistió al Freed-Hardeman College y siguió estudios de posgrado en varias universidades y seminarios teológicos. Además de los títulos de licenciatura y de maestría, tiene los títulos de Licenciado en Teología y Doctorado en Teología.

McCord ha servido como predicador local en congregaciones de Illinois, Indiana, Texas, Virginia, Kentucky, Oklahoma, Louisiana y Washington, D.C. Su trabajo de evangelismo le ha llevado a cuarenta y dos estados y a muchos otros países.

Hoy día es profesor jubilado, habiendo enseñado Biblia y lenguajes bíblicos en el Oklahoma Christian College. Es autor de muchos artículos y de más de una docena de libros, entre los que se incluye: *Getting Acquainted With God (Conocer a Dios)*, *These Things Speak (Estas cosas habla)*, *The Credibility of Creation (La credibilidad de la creación)*, *From Heaven or From Men? (¿De Dios, o de los hombres?)*, *The Disciples' Prayer (La oración de los discípulos)*, y *Happiness Guaranteed (Garantía de felicidad)*. Una de sus más importantes contribuciones eruditas es la confiable traducción que hizo del Nuevo Testamento al inglés actual.

McCord y su esposa Lois tienen dos hijos y seis nietos.